

---

# Los iberos: entre la consolidación de las elites y el surgimiento del Estado

**Juan A. Santos Velasco**

Dpto. de Ciencias Humanas y Sociales. Universidad de La Rioja

## Resumen

*La eclosión de la monumentalidad en el ámbito funerario del ibérico antiguo, tanto desde el punto de vista escultórico como arquitectónico, en el sureste peninsular, sumado a lo que conocemos sobre las importaciones de objetos de lujo (cerámicas, bronce) y a la posibilidad de interpretar algunos pequeños hábitats como asentamientos de las elites, son fenómenos que no se entienden sin la existencia de una base social fuertemente jerarquizada, con unos grupos dominantes muy bien definidos en un momento anterior. Entre los siglos IX-VII debió darse el proceso de consolidación de aquellos grupos, cuyo resultado será el surgimiento de la aristocracia arcaica característica de la cultura ibérica, a partir de los últimos años del siglo VI a.C.*

## Resum

*L'eclosió de la monumentalitat en l'àmbit funerari de l'ibèric antic, tant des del punt de vista escultòric com des de l'arquitectònic, al sud-est peninsular, afegida al que coneixem sobre les importacions d'objectes de luxe (ceràmiques, bronzes) i a la possibilitat d'interpretar alguns petits hàbitats com a assentaments de les elits, són fenòmens que no s'entenen sense l'existència d'una base social fortament jerarquizada, amb uns grups dominants molt ben definits en un moment anterior. Entre els segles IX i VII segurament es va produir el procés de consolidació d'aquells grups, cosa que va tenir com a resultat el sorgiment de l'aristocràcia arcaica característica de la cultura ibèrica a partir dels darrers anys del segle VI a.C.*

## Summary

*The rise of monumentality, both from the sculptural and the architectural point of view, in the Ancient Iberian funeral in the southeast of the Peninsula, added to what we know about imports and luxury goods (ceramic, bronze) and to the possibility of interpreting certain small habitats as settlements of the elite classes, are phenomena which cannot be understood without the existence of a strongly hierarchical social base with dominant groups very well defined during a previous period. These groups must have become consolidated between the 9th and 7th centuries, a process which resulted in the rise of the archaic aristocracy characteristic of Iberian culture, after the closing years of the 6th century BC.*

## ■ LOS ANTECEDENTES

Hasta no hace mucho el bronce pleno se hacía perdurar, en la zona de la que nos vamos a ocupar, hasta el momento del impacto colonial fenicio. Sin embargo, en los últimos años ha comenzado a conocerse mejor la transición del II al I milenio con la definición de un bronce final por Gil Mascarell y un período orientalizante por González Prats (Aranegui, 1985, 185). Esto ha sido posible en la medida en que, aunque escasa, la mayor parte de la información que poseemos es muy significativa y ha sido estudiada en profundidad por autores muy diversos, desde diferentes ópticas; en especial La Peña Negra y el tesoro de Villena (Alicante).

En el asentamiento de Peña Negra desde sus momentos más antiguos se documentan cuentas de fayenza, vidrio, objetos de marfil y fíbulas de codo, para los que hay que presumir un origen foráneo y un carácter suntuario. Estos elementos, presentes también en la necrópolis de Les Moreres (González Prats, 1992, 143), ya de por sí

evidencian la existencia de una elite que consume productos de importación de cierto valor. Pero tan relevante como este dato es la presencia de un taller metalúrgico, datable en el siglo VIII, que corresponde al horizonte de impronta atlántica Baiões-Vénat, a través de cuya producción se perciben un alto conocimiento de las técnicas metalúrgicas así como la inserción del asentamiento en un complejo entramado comercial que unía el Mediterráneo con el Atlántico (Ruiz-Gálvez, 1995). La interpretación de uno de sus rasgos es muy sugerente, sobre todo porque resalta la complejidad de la estructura social en que se inscribe la actividad del taller. Según Perea, el hecho de que el trabajo metalúrgico de Peña Negra I no se desarrolle en el interior de las viviendas, como ocurría en el mundo argárico precedente, sino en una habitación destinada específicamente a aquel fin, se debe a que en este lugar pudieron haber estado asentados uno o varios artesanos especializados (Perea, 1991, 128). Lo que parece indicar un cambio sustancial entre la metalurgia del bronce pleno y la del final del bronce final, la superación del ámbito doméstico

y la aparición de nuevas formas de *organización social de la producción*. Esto, unido a la integración del sureste peninsular en las redes de intercambio Atlántico-Mediterráneo y la consiguiente apertura a nuevos y mayores mercados, permite suponer un mayor grado de complejidad de la estructura económica, capaz de mantener una estructura social más diversificada que la que se conoce en momentos anteriores.

Por su parte, el tesoro de Villena ha sido interpretado tanto por Perea (1991) como por Ruiz Gálvez (1995, 32) como una posesión personal, una gran acumulación de oro que garantizaba la situación privilegiada de su poseedor. La enorme capacidad de ostentación que denota este conjunto no sólo viene dada por el valor intrínseco del metal sino también por el uso de unas técnicas nuevas, la cera perdida y el torno, empleadas en los brazaletes que requieren un aprendizaje directo y prolongado por parte del orfebre (Perea, 1994, 9). Al margen de la cuestión del papel del artesanado especializado a tiempo parcial o completo en este tipo de sociedades, estos datos revierten sobre las nuevas formas de *organización social de la producción* que se atestiguan en este área entre los siglos IX-VIII. El oro de Villena, un conjunto sin precedentes en la región, es síntoma de una economía que genera fuertes excedentes que se desvían hacia el consumo suntuario y la acaparación de ricos bienes por algunos individuos o grupos familiares. Pero tiene otro valor añadido en el ámbito sociológico. El porqué de estas piezas de orfebrería en contextos indígenas se explica, por las dos autoras citadas, por el llamado sistema del *don*. Sistema que se utiliza entre las sociedades arcaicas como forma de reconocimiento personal que favorece el establecimiento de intercambios comerciales entre dos comunidades. Su lugar de hallazgo, un importante nudo de comunicaciones entre la costa y el interior, sólo se entiende dentro de un amplio proceso de acumulación entre ciertos personajes o ciertas familias que residen en ciertos asentamientos, vinculados tanto a la explotación intensiva del medio como al control del comercio de materias primas (Ruiz-Gálvez, 1995b, 144). A este respecto, no hemos de olvidar que este tesoro no es el único de la época en la misma localidad, recordemos los hallazgos de Cabezo Redondo I (Perea, 1991).

Otros cambios no menos significativos se dan en este mismo momento, como ciertas transformaciones en el poblamiento, que se advierten en la propia fundación de Peña Negra y Los Saladares, en un contexto jerarquizado del hábitat, y la introducción del rito de la incineración, en El Peñón del Rey y Les Moreres (Aranegui, 1985, 188). Durante la fase orientalizante, Peña Negra II aumenta de tamaño considerablemente y documenta un tesoro, datable entre los siglos VII-VI, formado por piezas de orfebrería y otras de origen oriental como escarabeos. De su momento final de ocupación, Peña Negra IIB (600-550/535), proceden varios objetos metálicos que hay que vincular a usos foráneos en el vestido y cierto carácter suntuario en las costumbres: fíbulas de doble resorte o una bandeja de bronce de posible origen etrusco (González Prats, 1992 y Lucas, 1991, 358). Este asentamiento alicantino, amurallado, que cubre una superficie mayor de 30 ha,

ha sido identificado con la ciudad de *Herna* que citan las fuentes antiguas (González Prats, 1992, 150). Independientemente de esta hipótesis, sus hallazgos ofrecen la imagen de un gran centro que ha consolidado su posición jerárquica en el ámbito regional, entre los siglos VIII-VI, y donde probablemente se asientan una o varias familias de los grupos dominantes orientalizantes de la emergente aristocracia preibérica. Por último, habría que añadir que los análisis de las cerámicas de morfología fenicia del yacimiento demuestran que hay una producción local importante, con marcas y nombres fenicios que posiblemente están indicando que han sido manufacturadas por artesanos semitas o indígenas profundamente orientalizados (Abad, 1985, 159). Es otro factor a tener en consideración para comprender la extrema complejidad que está alcanzando la estructura social indígena, que permite la incorporación de nuevas tecnologías y un artesanado especializado, tal vez foráneo. Lo que hay que entender en el marco de esas nuevas formas de *organización social del trabajo*, así como una prueba más de la profundización en el proceso de jerarquización social que se está produciendo en el momento inmediatamente anterior al ibérico antiguo.

El inicio de esta nueva fase cultural está aún por precisar con exactitud, se requieren nuevos trabajos de campo, estratigrafías y contextos cerrados, aunque en general se aceptan fechas en torno a 550-525 para el sureste. Según Aranegui, en el levante español, la formación del mundo ibérico es discontinua y falta de homogeneidad (1985, 195). Esta puede ser la explicación de que cada yacimiento, de los conocidos en la actualidad, aporte datos distintos sobre el tránsito del orientalizante al ibérico antiguo. Tema bajo el que subyace la continuidad/discontinuidad entre ambas fases. Muestra de continuismo es el yacimiento de Los Saladares que se funda a mediados del siglo VIII, documenta una formación muy temprana de la cultura ibérica, a comienzos del siglo VI, y una continuidad absoluta hasta el siglo IV (Arteaga, Serna, 1975, 81). También lo es El Oral, cuya ocupación inicial puede llevarse a inicios del siglo VI, aunque su despegue se sitúa hacia el 550 (Sala, 1995, 90). La necrópolis de El Molar (Alicante) comienza a utilizarse hacia el 580 a.C. (Monraval, 1992). El mismo significado de continuismo, en fechas tan tardías como el 500, tiene el monumento de Pozo Moro, que no sólo conserva intacto un aspecto formal y un lenguaje iconográfico orientalizantes sino que parte de su ajuar mantiene la tradición, también orientalizante, del jarro y el brasero (Almagro, 1992, 47).

Pero junto a esto, el ibérico antiguo aporta grandes novedades. Entre ellas hay que destacar dos:

- La reestructuración del poblamiento. Peña Negra II, un yacimiento excepcional, se abandona hacia 550-535 (González Prats, 1992) y se comienzan a habitar pequeños nuevos emplazamientos como El Oral (Alicante) o La Quéjola (Albacete).
- Surgen la escultura y la arquitectura monumentales en gran cantidad y, en muchas ocasiones, con una altísima calidad artística, fenómeno sin precedentes en toda la península.

## ■ LA FASE ANTIGUA EN EL SURESTE PENINSULAR: LA CONFIGURACIÓN DE UNA ARISTOCRACIA ARCAICA

Aquellas innovaciones representan un paso más en el proceso de jerarquización de las comunidades ibéricas. Son los síntomas externos de los avances que se están produciendo en el largo proceso histórico que va de la consolidación de las elites dominantes a su confirmación como grupo social aristocrático. Las diferencias sociales se expresan a partir de ahora con una rotundidad tal que no sólo se reconocen a través de la gran capacidad de atesoramiento personal o familiar (caso del tesoro de Villena al final de la edad del bronce), sino en la articulación de nuevos mecanismos ideológicos, sociales y políticos que marcan nítidamente los límites entre los grupos dominantes y el resto de la comunidad, y que quedan materializados en las nuevas formas de asentamiento y enterramiento de las elites. Si hemos de hablar de ruptura con el período orientalizante, habría que hacerlo en referencia a la ruptura del antiguo cuerpo social comunitario de la *tribu*.

## ■ NUEVOS ASENTAMIENTOS

La Quéjola (Albacete) es uno de los hábitats ibéricos más interesantes que se ha excavado en los últimos años, entre otras cosas, porque junto al Oral y L'Alt de Benimaquia cubre una importante laguna en cuanto a los patrones de asentamiento de la fase antigua. Es un lugar fortificado, con una torre defensiva, en el que aproximadamente un tercio de la superficie está destinado al almacenamiento en ánforas, y donde se han recogido pepitas de uva. Como señala su excavador, se puede interpretar como un lugar de redistribución, si no de producción, de vino para consumo de las elites (Blánquez, 1995, 194). Esto unido a que la denominada "casa 2" está adornada con dos columnas, revoco de cal pintada, a que se han documentado objetos suntuarios (copas áticas y el conocido timaterio de bronce) en una superficie de menos de 1 ha, en la que apenas hay espacios domésticos de habitación sino de almacenamiento y taller, inclina a pensar que este lugar no es un pequeño *oppidum* de carácter urbano (Blánquez, 1995, 196), sino el hábitat de un personaje o un linaje de la elite en cuyas manos se encuentra la organización de la producción y la comercialización de un bien de consumo restringido como el vino. Además, tanto La Quéjola, como L'Alt de Benimaquia (Gómez Bellard, Guérin, 1994) son referencias, si no a la introducción de nuevos cultivos muy rentables como la vid, sí a la importancia que cobran éstos durante aquel siglo, refrendando que en aquel momento el sureste es capaz de mantener una fuerte economía agraria basada en una mayor diversidad de productos y un aumento de los excedentes en los sistemas de policultivo tradicionales (Buxó, 1997, 307).

El Oral, en la provincia de Alicante, es otro poblado amurallado que ocupa una superficie en torno a 1 ha (Abad, Sala, 1993). De allí procede una olpe de bronce de importación que Abad fecha en la primera mitad del siglo

VI (1985, 161) y en el mismo espacio doméstico "IIL" se han hallado dos alfileres o asadores, huevos de avestruz y buena parte de la cerámica griega que ha proporcionado la excavación. Junto a estos objetos se documentó una balanza de pequeño tamaño (Sala, 1995, 263). El Oral se puede interpretar también como un lugar de asentamiento de la elite ibérica, de un linaje aristocrático ligado al desarrollo de actividades comerciales. Algo que es una constante en las sociedades arcaicas y que en el mundo ibérico del sureste ha dejado otras huellas como el ajuar con una balanza de una de las *tumbas principescas* de El Cigarralejo, Murcia (Cuadrado, 1987). Además, El Oral está vinculado a la necrópolis del Molar, que hay que suponer de gran riqueza dada la cantidad de restos de escultura monumental, copas de Siana y otros vasos griegos, como cráteres y ánforas, escarabeos, *aryballos* de fayenza, broches de cinturón y otros, que han proporcionado apenas una treintena de sepulturas (Monraval, 1992). Circunstancias que apoyan la hipótesis de un conjunto formado por el hábitat y la necrópolis de un linaje de la elite local (Santos, 1994, 68).

Al mismo tiempo, en El Oral hay evidencias de actividad metalúrgica de fundición de hierro y obtención de plata (Sala, 1995, 295), en un momento en que podemos considerar ambos metales bienes escasos y de prestigio. El relativo carácter suntuario, todavía en la fase ibérica antigua, de los objetos de hierro puede deducirse de su escasez, su tipología (cuchillos afalcatados, puntas de lanza), y de que en las necrópolis de la zona aparecen en tumbas con ricos ajuares como las 22b y 36 de Los Villares (Blánquez, 1990) o las 75 y 87 de Cabezo Lucero (Aranguí *et al.*, 1993, 119).

El abandono de un hábitat de enormes proporciones (Penya Negra II) junto a la aparición de pequeños lugares amurallados, ligados a la producción y distribución de vino, al comercio y la metalurgia, y asiento de la elite dominante sugiere un profundo cambio en la estructura y en el *modelo* de poblamiento. Durante el siglo VI, la aristocracia o, al menos, algunos de sus linajes se segrega del resto de la comunidad, ocupando *ex novo* sus propios asentamientos como residencia y centros de actividad económica.

## ■ NUEVAS NECRÓPOLIS

La ocupación de las necrópolis ibéricas es en general restringida; de manera mucho más acusada en la fase antigua que en la plena (Santos, 1989b), fenómeno que se explica en el marco de una fuerte jerarquización social, a lo que se suma la aparición de la escultura y la arquitectura monumentales que se convierten en una auténtica señal de identidad de las desigualdades sociales, con las que la elite muestra además su carácter sagrado (Chapa, 1997, 236). Asimismo, se ocupan nuevos espacios funerarios sacros, diferentes de los del período orientalizante.

Antes del ibérico antiguo no se conoce el arte monumental en el sureste, pero a fines del siglo VI los grupos dirigentes, cuya posición se ha consolidado durante los dos siglos anteriores, se convierten en destinatarios de

torres, pilares y escultura en piedra de uso funerario con paralelos formales e iconográficos griegos y fenicio-púnicos. Estas nuevas formas de enterramiento son exponente de la posición privilegiada de un grupo social mediante, al menos, dos vías novedosas: la monumentalidad y la imagen importada. Además de mostrar el grado de aculturación de la élite a fines del siglo VI. Su uso es una intención deliberada de señalar las diferencias entre los linajes aristocráticos y el resto de la comunidad, que ni siquiera accede a las necrópolis; y, dentro de la propia necrópolis, entre los personajes de aquellos linajes que utilizan monumentos y aquéllos que no, por ocupar lugares secundarios en las líneas de descendencia; y una diferenciación entre los linajes dominantes entre sí, por la propia jerarquización de los monumentos, que ya estableciera hace años Almagro al distinguir entre torres, pilares, cámaras y túmulos como enterramientos de distinto rango (Almagro, 1978).

La separación tanto en los hábitats como en las necrópolis, tanto en la vida cotidiana como en la de ultratumba, entre los sectores dominantes y el resto del cuerpo social, a partir del ibérico antiguo, sugiere que se ha producido la ruptura de la comunidad, de la que se segrega una parte, la antigua élite tribal, que se configura en este momento como una aristocracia arcaica que ejerce su dominio mediante nuevas formas de control político y económico.

El carácter aristocrático de la sociedad ibérica está suficientemente discutido y argumentado como para entrar en el tema. No quisiera, sin embargo, dejar de tratar dos aspectos de esta cuestión. El primero, cuándo podemos presumir que se produce la escisión de la antigua comunidad tribal; el segundo, qué se puede inferir de estos datos arqueológicos en lo referente al problema de la propiedad.

### ■ CUANDO SE PRODUCE LA ESCISIÓN DE LA TRIBU

Hasta ahora había sido de la opinión de que la fase antigua podía definirse bajo los criterios de la *jefatura compleja* de Service (1984), aunque teniendo en cuenta las justificadas críticas que se han hecho de aquel concepto, al que se puede tildar de enmascarador de la realidad y vacío de auténtico contenido (Nocete, 1984), ya que sus rasgos se pueden asimilar en parte a los del clan cónico y el cacicato, los marcos más complejos de la organización tribal (Sahlins, 1972). Sin embargo, a tenor de lo expuesto más arriba tanto en referencia a la *jefatura* o la *tribu*, (en un momento de extrema complejidad previo al surgimiento de los estados arcaicos), podemos considerar desmantelada la organización social de base parental en el siglo VI en el sureste, en el tránsito del período orientalizante al ibérico.

Aquellas manifestaciones tan marcadas de ruptura del cuerpo social, que se han comentado, sólo se entienden si antes de la segunda mitad del siglo VI se han establecido unas bases sólidas para que se produzca la escisión y, además, ésta queda reflejada arqueológicamente. Es necesario que entre los siglos VIII-VI se hayan producido avances en una creciente desigualdad en el acceso a la

riqueza, así como en la reafirmación de unos grupos familiares sobre otros, e incluso en su sustitución dentro de la estructura jerárquica de los linajes de la antigua *tribu*.

La “*repentina*” irrupción del arte monumental en las necrópolis nos proporciona algunas claves. Desde una perspectiva política e ideológica, la escultura recrea un mundo simbólico compartido entre los miembros de la aristocracia, que podían tener modelos e incluso artistas comunes (Chapa, 1997, 244). Desde esa misma perspectiva, la imagen es un lenguaje simbólico que sirve para transmitir una información a una sociedad capaz de entender el mensaje. Imagen y mensaje, continente y contenido, son producto de una cultura y de un determinado contexto social y económico en el que ambos son comprensibles. Un conjunto de imágenes y de imágenes nuevas, y la escultura de la fase ibérica antigua lo es, no será aceptado por un grupo hasta que se modifique adecuadamente su sistema socio-iconológico, de forma que pueda presentar coherencia interna, de lo contrario no se integra, o se valora como exótico (Perea, 1996, 72). La rapidez e intensidad de la aparición, aceptación, adaptación y amplísima distribución de la escultura en piedra, en el tiempo y en el espacio, no hubieran sido posible si no hubieran existido con antelación los fundamentos ideológicos, políticos y religiosos que sirven de soporte y mantenimiento de este fenómeno tan vasto. Si las cronologías más antiguas para la escultura ibérica son de fines del siglo VI, casos de las esfinges de Agost o la Bicha de Balazote (Chapa, 1985) y, en contexto arqueológico, Pozo Moro hacia el 500 (Almagro, 1983), hemos de suponer que todo aquello que sustenta el nuevo *corpus* iconográfico se hallaba firmemente asentado con cierta anterioridad. Por tanto, al menos, a lo largo del siglo VI se habría configurado la estructura social capaz de asumir, adaptar y transmitir los mensajes codificados en la imaginería ibérica antigua.

### ■ LA CUESTIÓN DE LA PROPIEDAD

Gilman (1997, 86), recogiendo algunas ideas de De Mairrais y Vicent, ha planteado que bajo los fenómenos de cambio cultural subyacen los cambios sociales y económicos, pero también los cambios en los sistemas de propiedad. Sobre la base de esta premisa, sugiere cómo valorar las formas de propiedad a partir de los datos arqueológicos, a través del análisis comparado de los patrones de gasto mediante los cuales las élites manifiestan su poder. Como este tipo de *gasto* está en íntima relación con la forma de acceso de la élite a los recursos, si establecemos un sistema comparativo, para cada período, de los vestigios arqueológicos de prestigio podremos informarnos indirectamente sobre los cambios en los sistemas de propiedad (Gilman, 1997, 86).

En el ámbito en que nos movemos, observamos que a principios del I milenio la concentración y acumulación de riquezas y poder personal se hacen patentes con el atesoramiento de oro (Villena, Cabezo Redondo I). Parte de los excedentes económicos procedentes de la explotación del campo, minas y el comercio internacional se convierten en metales preciosos que no pierden su valor a

lo largo de generaciones, cuya posesión asegura la situación de privilegio del poseedor, y su transmisión posibilita mantener ese estatus a sus sucesores. Hallazgos como el tesoro de Jávea permiten suponer que el *atesoramiento* se mantiene entre los iberos, aunque bajo nuevos criterios, como apunta Perea a propósito del proceso de mercantilización de la economía de la protohistoria peninsular, a lo largo del I milenio. Proceso por el que la acumulación es sustituida paulatinamente por el intercambio, y el valor de atesoramiento de los metales preciosos es sustituido por el valor de cambio (Perea, 1992).

Pero el mundo ibérico introduce otras variables en el gasto suntuario, ya que una parte de la riqueza se amortiza en grandes enterramientos monumentales y en la adquisición de objetos de lujo griegos, fenicio-púnicos o etruscos, en mayor cantidad y calidad que en momentos anteriores, los cuales, a su vez, en muchos casos, se amortizan en los ajuares funerarios. De esto se deduce que la aristocracia ibérica era capaz de recuperar lo "perdido" en los cultos de ultratumba, debido a que estaba probablemente en situación de volver a renovar los beneficios y excedentes de la producción, gracias a tener asegurado el control de la misma, bien mediante la propiedad privada de la tierra y la dirección del comercio de bienes y materias primas, bien mediante otras formas de propiedad individual o colectiva, o de tributación en forma de bienes o trabajo, que desconocemos.

## ■ CONCLUSIÓN

El largo proceso de jerarquización y diferenciación social, que acompaña el surgimiento y consolidación de las elites, tiene sus más lejanos orígenes en la segunda mitad del III milenio, con un importante punto intermedio en el bronce pleno. Entre los siglos IX-VII, las manifestaciones externas de la progresiva desarticulación de la primitiva comunidad tribal tienen en el sureste unos hitos espectaculares en Peña Negra y Villena, donde se muestra el alto grado de acumulación y concentración del poder económico y político que han alcanzado las elites al final de la edad del bronce y en el período orientalizante. Con los datos que manejamos ahora mismo, durante el siglo VI se produciría la definitiva ruptura de la comunidad tribal, cuando se hacen evidentes en el registro arqueológico sus síntomas, como la separación de la aristocracia en espacios propios de habitación y enterramiento. Así como la monumentalización de los mismos, con el amurallamiento de los primeros y el recurso a la arquitectura (torres, pilares) e imagen foránea en los segundos.

Las innovaciones culturales, tecnológicas, iconográficas y de otra índole que van incorporando las comunidades ibéricas, así como la misma configuración de la elite en un grupo aristocrático armado, se articulan sobre nuevas formas de organización social de la producción, del trabajo, de las relaciones sociales y, probablemente, de la propiedad o disposición de la tierra. Por ello con la cultura ibérica podemos considerar terminada la época de la prehistoria reciente que se sustenta sobre el *modo de producción comunitario*, comenzando un período que históricamente se caracteriza por un nuevo *modo de producción* y unas

nuevas *relaciones sociales de producción*, que se han identificado con el *modo de producción clientelar* y la *servidumbre gentilicia* (Ruiz, Molinos, 1993, 269).

Para la época plena hay información suficiente para suponer que las formas de control y dominio de la aristocracia se han asentado definitivamente. A pesar de que todo parece indicar que la arquitectura y la escultura monumentales casi desaparecen, no tenemos porqué interpretar esto como un signo de involución o estancamiento, pues caeríamos en el espejismo de la *monumentalidad* y las *artes mayores* de rancio sabor clásico-centrista. Por el contrario, las evidencias arqueológicas muestran entre fines del siglo V y comienzos del IV una organización social más estructurada y compleja, de carácter gentilicio, y en donde se intuyen nuevas formas de dependencia, como la clientela; por ejemplo, en las *tumbas principescas* y los séquitos de jinetes o *equites* (Santos, 1989). Una organización social de *clases* con la que se ponen las bases para la génesis de los estados arcaicos que se definen en la baja época, a partir de mediados del siglo III (Santos Velasco, 1994, 68).

## ■ BIBLIOGRAFIA

- ABAD, L. (1985): El poblamiento ibérico en la provincia de Alicante, en *I Jornadas sobre el mundo ibérico*, Jaén.
- ABAD, L., SALA, F. (1993): *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*, Valencia.
- ALMAGRO, M. (1978): El paisaje de las necrópolis ibéricas y su interpretación socio-cultural, *RStL*, XLIV, 85-105.
- ALMAGRO, M. (1983), Pozo Moro: el monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica, *MDAI(M)*, 24, 70-118.
- ALMAGRO, M. (1992): Las necrópolis ibéricas en su contexto Mediterráneo, en *Congreso de Arqueología ibérica: las necrópolis*, Madrid.
- ARANEGUI, C. (1985): El Hierro Antiguo valenciano: las transformaciones del medio indígena entre los siglos VIII y V a.C., en *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*, Alicante.
- ARANEGUI, C. et alii (1993): *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)*, Madrid, Alicante.
- ARTEAGA, O.; SERNA, M.R. (1975): Los Saladares, *NAH*, 3, 10-90.
- BLÁNQUEZ, J. (1990): *La formación del mundo ibérico en el sureste de la meseta*, Albacete.
- BLÁNQUEZ, J. (1995): El poblado ibérico de La Quéjola (San Pedro, Albacete), en *El mundo ibérico: una nueva imagen en el año 2000*, Albacete, 192-200.
- BUXO, R. (1997): *Arqueología de las plantas*, Barcelona.
- CUADRADO, E. (1987): *La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*, Madrid.
- CHAPA, T. (1985): *La escultura ibérica zoomorfa*, Madrid.
- CHAPA, T. (1997): La escultura ibérica como elemento delimitador del territorio, en *Iconografía ibérica e itálica: propuestas de interpretación y lectura*, Madrid.
- GILMAN, A. (1997): Cómo valorar los sistemas de propiedad a partir de los datos arqueológicos, *TP*, 54, 2, 81-92.
- GÓMEZ BELLARD, C. y GUERIN, P. (1994): Testimonios de producción vinícola arcaica en L'Alt de Benimaquía (Denia), en *Iberos y griegos: lecturas desde la diversidad*, Ampurias.

- GONZÁLEZ PRATS, A. (1992): El proceso de formación de los pueblos ibéricos en el Levante y Sudeste de la Península Ibérica, en *Paleoetnología de la Península Ibérica*. (M. Almagro y G. Ruiz, eds.), Madrid.
- LUCAS, R. (1991): Bandeja etrusca de borde perlado hallada en el poblado de La Peña Negra (Crevillente, Alicante), en *Presencia de material etrusco en la península ibérica*. (J. Remesal y O. Musso, eds.), Barcelona
- MONRAVAL, M. (1992): *La necrópolis ibérica de El Molar (Alicante)*, Alicante.
- NOCETE, F. (1984): Jefaturas y territorio: una revisión crítica, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 9.
- PEREA, A. (1991): *Orfebrería prerromana. Arqueología del oro*, Madrid.
- PEREA, A. (1994): Proceso de mercantilización en sociedades premonetales, *AEspA*, 67, 3-14.
- PEREA, A. (1996): Propuesta teórica para una aproximación global a la imagen ibérica: el ejemplo del cambio y la transmisión iconográfica en metalistería, en *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica* (R. Olmos, ed.), Madrid.
- RUIZ-GÁLVEZ, M<sup>a</sup>.L., (1995): Depósitos del bronce Final: ¿sagrado o profano? ¿sagrado y, a la vez, profano?, en *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del bronce final europeo* (M. Ruiz-Gálvez, ed.), Madrid.
- RUIZ-GÁLVEZ, M<sup>a</sup>.L. (1995b): El significado de la Ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y las transformaciones producidas en la transición Broce final/Edad del Hierro, *La Ría de Huelva en el mundo del bronce final europeo* (M. Ruiz-Gálvez, ed.), Madrid.
- RUIZ, A., MOLINOS, M. (1993): *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Barcelona.
- SAHLINS, M. (1972): *Las sociedades tribales*, Barcelona.
- SALA, F. (1995): *La cultura ibérica de las comarcas meridionales de la Contestania entre los siglos VI-III a.C.*, Alicante.
- SANTOS, J.A. (1989): Análisis social de la necrópolis de El Cigarralejo y otros contextos funerarios de su entorno, *AEspA*, 62, 71-100.
- SANTOS, J.A. (1994): Reflexiones sobre la sociedad ibérica y el registro arqueológico funerario, *AEspA*, 67, 63-70.
- SERVICE, E. (1984): *Los orígenes del estado y la civilización*, Madrid.